

## EL DUQUE / Juan Claudio Lechín

(.) **A**hí me desmayé. No recuerdo nada más. Desperté de madrugada, adolorida y avergonzada. Encontré mis ropas en la playa. Quise limpiarme de sangre y de ofensas pero el mar salobre continuó la agresión. Me vestí y acudí a mi hogar. Mis padres, sin averiguar nada, me llamaron ramera. Para juzgarme les bastó argumentar que una chica de familia no duerme en otra parte. Cuando les narré de manera parcial mis desgracias, mi padre, con justa razón, me hizo responsable de lo sucedido por no haber tomado el carrito-por-puesto y por haberme aventurado en las calles como una cualquiera. Mi madre curó mis heridas pero tampoco me confortó. Mi padre llamó a la policía para denunciar el hecho pues él era y es, todavía, muy apegado a la ley. Me llevaron a una sala de interrogatorio hedionda y fría. Los policías dijeron que la presencia de mis padres podría influir negativamente en la investigación. El procedimiento señalaba que debían interrogarme a solas. Eran cuatro, como los violadores e igual de lúbricos que ellos. Fue otro calvario pero de palabras técnicas.

“¿La penetración fue realizada, cómo?, muéstrenos la posición decúbito dorsal de cuando fue estuprada y ahora, ¿cómo le hicieron abrir las piernas?” Creo que fue más humillante. En adelante, nunca-jamás tuve enamorado o novio. Me dediqué a buscar la paz del alma. En la universidad conocí a Mañuco. Fue la época en que escuché el llamado de Cristo. Mañuco no era muy estudioso pero demostró ser dueño de virtudes mayores, como la abstinencia y la templanza. Por eso se hizo pastor. Cuando años más tarde me gradué, Mañuco me pidió en matrimonio y yo acepté con la condición de mantenerme pura y no mantener

tráfico carnal. Él estuvo de acuerdo y jamás me lo ha cuestionado, pues, en eso la Biblia es clara: sólo se puede tener ese comercio para procrear y no ahora que comienzo mi carrera, no ahora que estoy bien.

Extendió el silencio. La esquina donde estábamos sentados, achicada por la confesión, era de un ambiente enrarecido. El local estaba vacío. Sólo nuestro mozo con pantalón verde irlandés se había quedado a hacernos compañía. El resto del personal había partido. Yo le había extendido una propina del tamaño de la cuenta para que no se impacientara y él como todo sirviente de categoría percibió la situación ubicándose a distancia pero con disponibilidad a cualquier solicitud. En cuatro tiempos, limpiándose las lágrimas en cada estación, Cintia fue saliendo del embrujo. Desde afuera llegó el bocineo sostenido de un auto. El reloj de pared estaba detenido en las tres de alguna tarde o de alguna madrugada que nunca se activó. Escuchamos amplificadas nuestros ruidos, el de la silla y los de la ropa. Cintia estrujó una de las bolsitas de azúcar.

—Discúlpeme, doctor. Es la primera vez en mi vida que cuento esto y le agradezco por haberme escuchado. Y espero que ahora usted me cuente sus cosas, hizo una mueca y terminó su capuccino ya frío.

La narración había sido espantosa y el lenguaje peor. No habría podido imaginar que de la hermosa boca de encaje de Cintia pudieran salir expresiones tan estremecedoras, tan vulgares. Pero así es la fuerza retenida cuando es soltada. Por otro lado, es verdad, me había sentido muy excitado, excitación de la que tuve vergüenza dado el horrendo relato. Le tomé la mano como un verdadero amigo. Ella sacó fuerza de no sé dónde para confortar la mía. Esa noche estuve inquieto y nervioso. Mi mujer me preguntó que qué pasaba y yo le respondí que eran cosas de la oficina. La historia me había revuelto las hormonas pero, también, me había mostrado cuán inalcanzable era Cintia, cuán clausurada estaba por el recuerdo de la violación. Después de semejante hecho, tenía razón en vivir cerrada a todo acercamiento amoroso. Dormí mal.

A la mañana siguiente la llamé. Quería saber cómo se encontraba. No pareció afectada. Me dijo que necesitaba mostrarme una gran

cantidad de documentos nuevos y aceptó reunirse en mi bulín. De sólo verla se me hizo fuego la piel, pero ella me enfrió de entrada.

–Déme su palabra, doctor, que nunca contará lo que le he contado, porque de los hombres se puede esperar cualquier cosa.

Le di mi palabra. Luego de hacer unas revisiones sin importancia, en que olí de cerca su provocativa aunque, excesivamente dulce, crema de cuerpo, ella agradeció mi participación en su gesta anticorrupción y me dijo que ya no necesitaría mi ayuda. Partió con garbo y yo me quedé guardando los sanduchitos de jamón ahumado con alcaparras y aceite de oliva que se habían quedado sin ser tocados. Cintia era incomprendible como incomprendibles son las mujeres. Y si uno las quiere seducir debe acostumbrarse a sus malas jugadas. Tracé un nuevo curso de acción y un par de días más tarde la llamé para decirle que me iba de viaje, que me despidiera de Mañuco y me disculpara ante el culto. Con seca amabilidad me dijo que así lo haría. Una semana más tarde, y fingiendo mi regreso, la volví a llamar. Esta vez su voz expresó una auténtica alegría.

–Alelusha, bienvenido, hermano. Espero que el Señor lo haya acompañado.

–Y me ha acompañado, hermana, porque la Universidad de Harvard me ha ofrecido la cátedra de planeamiento económico como profesor invitado, mentí. Hizo un silencio en la línea y luego en voz baja, y controlando su propia emoción, me dijo:

–Albricias. Es una bendición de Cristo. Lo felicito. ¡Qué bárbaro! ¿Quién como usted?

–Usted, hermana, le respondí y ella calló sin comprender. Con su profesionalismo y su dedicación al trabajo, usted, hermana, me haría una sólida asistencia de cátedra. Y a la par, podría hacer su masterado becada por la misma universidad. Enmudeció. Esperé que pasaran unos segundos y fingí entender su silencio: claro, no es posible. Usted tiene una vida establecida, un trabajo y. Ella me interrumpió con una especie de lujuria.

–En la vida, doctor, el plan de Dios es el que guía nuestros pasos. Y si me ha destinado, por su generoso intermedio, a una universidad tan prestigiosa yo lo hablaría con Mañuco. No debemos desatender la convocatoria del Señor.

¡Esa era la celada exacta donde se dejaba capturar!, ¡ése su abrevadero! Debí de haberlo intuido cuando me enteré que el apellido Colán, francés, era del marido y que ella, “Rodríguez”, en lugar de usarlo precedido por el “de”, lo usaba como propio. Le dije que me enviara su currículum y que esperaba su respuesta definitiva pues debía enviar sus datos por e-mail para el visto bueno.

–El jueves la espero aquí en mi oficina. Debemos discutir el programa académico, mi tono fue una voz de mando. Ella aceptó como un conscripto. Acudió ese jueves. Al verla, y por un momento, me regresó el desconcierto de cuando me contó de su violación. Rápidamente deseché la compasión para que no se convirtiera en un obstáculo y me concentré en mostrar mis conocimientos más sofisticados, los que la iban a encantar: la raíz de Frobenius, que es un indicador matricial de eficiencia, la inversa de la matriz y las manipulaciones que permite, le hice notar que la división aritmética es un distribuidor de data y cité estadísticas de memoria.

Ella me miraba como sólo miraba al abstracto dios en las paredes vacías de su iglesia. Mientras yo destacaba la necesidad de una formulación matemática rigurosa para hacer sostenible cualquier planteamiento intuitivo, noté que Cintia ya estaba en Soldier’s Field Park, ya asistía a una conferencia del secretario de estado norteamericano en la Kennedy School of Government y saludaba desde su bicicleta al viejo Fisher con su maletín de cuero desgastado de viejo profesor sabio caminando rumbo al MIT.

–¿Me dijo que no estaba familiarizada con el cálculo vectorial?

–Tomaré un curso de inmediato, doctor.

–Eso iba a recomendarle.

¿Y donde quedaba Mañuco en toda esta historia? Me dijo que con Mañuco no habría problema. La castración simbólica es la tarea femenina por delegación de la madre, por eso las mujeres la desempeñan con naturalidad y convicción. Si Cintia era castradora en general, a Mañuco lo había vuelto su eunuco particular. Eso hacía sólida su relación con él. Pero para mi sorpresa, y sin duda para ella, Mañuco le pinchó el globo pues se negó a ir. “¿En qué trabajaría?, ¿y la iglesia”, me llamó Cintia para contarme que eso había argumentado haciendo gestos lastimeros.

–Que Kentucky lo transfiera, respondí. Y además, con toda seguridad, en el área de Boston hay una sucursal de nuestro culto, aseguré. Obviamente que el hombre no quería moverse de Caracas pues perdería su prótesis religiosa y los bastones de seguridad psicológicos que trabajar en una compañía transnacional le daban. Mis argumentos le parecieron sensatos, colgamos, pero me volvió a llamar a los pocos minutos, más afligida aún. Había tenido su primer enfrentamiento matrimonial y temía por la estabilidad de su relación. Mañuco se había emperrado.

–No se preocupe, hermana, entiendo. Buscaré a otra persona. Ella lanzó un grito de dolor.

–¡No! Mañuco tendrá que entender. No puede pecar de egoísmo.

Días más tarde, caminando por el Teresa Carreño, me aseguré que había logrado un feliz acuerdo. Mañuco se quedaría un año en Caracas y luego iría a darle encuentro. Sin embargo, una oscura nube en la frente revelaba que mentía. Mañuco no entendió ni entendería porque la rutina en que vivía era su oxígeno. No cedería. El gemelo de las almas mansas es la obstinación.

–Los felicito a ambos, hermana, por ese trabajo matrimonial en equipo. Inmediatamente mandaré el mail con su nombre en la solicitud. Las crisis matrimoniales son propiciatorias pues cuando se rompe ese eslabón cohesionante las mujeres se echan solas a los brazos del seductor, compensando años de frustración. Había que profundizar su

precaria liberación incentivándola más. Yo ya para entonces había mandado el acápite de su violación al olvido. Ahora me interesaba ella y su reticencia.

–Ah, olvidaba decirle, hermana, que su sueldo va a ser como cinco o seis mil dólares por mes. ¿Está bien?

–Y allí, ¿con cuánto se puede vivir?

–Con mil quinientos si cuida su dinero. Dos mil si se da gustos.

Se tapó la boca para reprimir el grito de alegría. Yo me puse serio y le dije que había llegado el momento de contarle mi problema.

–A sus órdenes, dijo poniendo intriga en las pupilas.

–Extrañamente, recalqué, pues antes no me ha sucedido, me quedo pensando todo el día en una mujer que he conocido hace poco. El problema es que ella es casada. No sé qué hacer, hermana.

–¿Casada?, preguntó incómoda. ¿Y usted qué siente, hermano?

–Duda, temor, a veces dolor. Ella sintió los arreboles de una declaración y quiso protegerse.

–Lo que usted siente es la mirada crítica del Señor. “No desearás la mujer de tu prójimo”, sentenció débilmente tratando de mantener un tono de dignidad. Me tomó fuertemente la mano y con el rostro bermellón me invitó a orar, era el único remedio prescrito para esa tentación. Tuve que orar a la par. Una semana más tarde la llamé para contarle que me había llegado la respuesta de Harvard.

–Doctor, me anunció seca y cortante, he resuelto quedarme con mi esposo y no viajar. Volvía a ser la Santa Deville.

–Ah caramba, cuánto lo siento. Pero así son estas cosas, respondí con amabilidad.

–Doctor, sólo por curiosidad, ¿cuál es el resultado de los trámites?

–Ya no tiene importancia, hermana, buenas tardes y saludeme a Mañuco.

Al colgar se me transformó el rostro. Haberle confesado que estaba enamorado de una mujer casada que sin duda era ella la había alertado. ¡Tanto trabajo desperdiciado por un destiempo! Ya no tenía yo argumentos para verla como no fuera mediando la valla protectora de la iglesia. De pronto me vino un impulso que obedecí. Levanté el teléfono y llamé a Carmona.

–Necesito cobrarte el favor del otro día, le espeté de entrada.

–Lo que quieras, su tono era cómplice y como siempre alegre.

–Quiero que despidas a Cintia Colán. No me quedaba otra que partirla para conquistarla. Para Carmona fue un baño de agua fría.

–¿Que bote a la Santa Deville? ¡Coño eso es imposible, chico!, gritó.

–Las cosas son imposibles hasta que se vuelven posibles, retruqué. Así estaremos a mano. Piénsalo. Una mano lava la otra.

Puso varios reparos. Me dijo que le pidiera cualquier cosa menos eso y hasta me ofreció dinero pero al final cedió. Usaría unos saldos de favores que sus superiores le debían y la descalificaría con razones aparentemente bien fundadas. La notificaron un par de días más tarde y, tal como yo había calculado, Cintia se presentó en mi oficina. Estaba devastada. Eran como las siete de la noche. Yo estaba tomando mi dosis de gincobiloba y mi cucharada diaria de aceite de oliva, tan saludable para limpiar las venas.

–No voy a caer en esa forma tan nuestra, argentina, venezolana y boliviana también, de hacerle un verso, me dijo nerviosa e insegura. Iré directamente al grano. Porque siempre es mejor ser frontal que darle vuelta a las cosas o que hacer una perorata. ¿No le parece? Así debe ser todo. Bueno he venido a decirle. Pero claro, no quiero que me malinterprete y lo considere como un abuso de confianza, pero he tenido un

impasse en mi trabajo y voy a renunciar, hizo una pausa. Lo que quisiera preguntarle es si la posibilidad de la asistencia de cátedra en Harvard está todavía vigente. La miré con la amable sonrisa de funcionario internacional.

—Lastimosamente, hermana, ya hay otra persona con el cargo ofrecido. Se le nubló el rostro.

—Entiendo, farfulló. Entonces no hay nada más que decir. Pero en lugar de partir caminó de un lado al otro.

—Sí, no hay nada más que decir, repitió. O sea que el cargo ya ha sido adjudicado, insistió.

—No he dicho adjudicado, hermana, he dicho ofrecido.

—¿Ofrecido? Entonces quizá., se emocionó.

—No creo, la corté. La persona en cuestión sin duda lo va a aceptar. Es una oferta que pocos declinarían.

—Pero si por un si acaso la otra persona declina, como dice usted, yo estaría dispuesta a reconsiderar mi participación.

—Cintia, la asistencia ya no está disponible.

—No juegue conmigo, doctor, no me trate como una balurda. Simplemente dígame que como he sido reticente a sus insinuaciones no me quiere como su asistente.

—Lo segundo es cierto, lo primero no. No la quiero como a mi asistente, es verdad, pero no porque no haya cedido a mis insinuaciones, a las que sí cedió.

—No es verdad.

—Recuerdo, aunque vagamente, que usted me besó apasionadamente.

—Fue cosa del alcohol, doctor.

–Eso mismo dije yo desde el principio. Y si usted no hubiera traído el tema a colación, con seguridad se hubiera quedado en el olvido.

–Entonces se puede saber ¿por qué ya no me quiere como su asistente?

–Con todo respeto prefiero guardarlo en reserva.

–Esa reserva atinge a mi vida profesional. Una asistencia académica en Harvard y un masterado son peldaños muy importantes para mi carrera.

–Usted misma declinó esas posibilidades.

–Es que estaba furica, mezcló dialectos.

–¿Por qué?

–Alguna vez puedo estar furica, ¿no?

–No conmigo. Si estaba furica consigo misma debió de haberse descargado consigo misma o bien, si se sentía ultrajada por mí, por algún motivo que desconozco, debió expresarlo. Somos amigos, ¿no? Al menos eso creí. Las cosas no dichas pueden redundar en una mala relación académica.

–Bueno, sí, es verdad, me porté soberbia, disculpemé entonces.

–No se preocupe, Cintia, la disculpo.

–Entonces, ¿hay la posibilidad de la asistencia?

–No quiero pensar que usted se ha disculpado sólo por ganar esa asistencia.

–Obviamente que no. Pero aunque lo hubiera hecho, ¿no necesita usted a alguien con ambiciones?

–Ante todo necesito a alguien honesto.

–Usted le da la vuelta a las cosas.

La miré inexpresivo haciendo del silencio un artificio de presión.

–Okey, retrocedió, ese es el costo por mi desidia y por el pecado de orgullo con los que me he dejado poseer. Uno jamás se debe dejar dominar por las emociones. Sólo la cabeza es buena consejera.

–Es exactamente lo que yo estoy haciendo.

–Eso está bien. Usted actúa con profesionalismo, doctor.

–No. No es profesionalismo. Mato mis emociones.

–¿Mata sus?

–Cintia, lo lamento, debo hacer otras cosas.

–No, ahora me quedo. ¿Qué quiere decir con que mata sus emociones?

–Fue un lapsus y ahora le pido...

–No me iré hasta que usted no me explique lo que ha dicho.

–No puedo correr ese riesgo.

–Y yo, ¿no he corrido suficientes?

–Esa es usted. Yo me intento proteger de usted, no intento protegerla a usted de mí.

–Y ¿por qué de mí? ¿Que le he hecho yo?

–Despreciarme.

–¿Despreciarlo? Si lo he tratado siempre con el mayor respeto y con la mayor consideración.

–Eso es desprecio.

–¿Y qué quería que haga?

Tomé el teléfono, digité un interno y hablé con la línea muerta:

–Estaré enseguida, Xiomara, no tardo. Y volviéndome hacia Cintia le dije: Lo lamento, debo acudir a una reunión.

–Le dije, doctor, que no abandonaría su oficina sin una explicación y pienso cumplir mi palabra, se plantó.

–Bien. Veré qué puedo hacer respecto a la asistencia. La llamaré oportunamente.

–Ya no se trata de la asistencia. Es de lo que ha dicho.

–Otro día. Con permiso. Mi dureza rompió la cáscara y sus ojos se volvieron dos lupas multiplicando lágrimas. Mordió el labio superior con gesto contrito.

–Dígame. Sólo le tomará un segundo. No cometa una nueva infamia en mi contra, no juegue más conmigo, no me haga vivir entre el abismo y en la incertidumbre. Me han echado de mi trabajo, esa es la verdad, apenas hablo con mi marido desde la noche del cóctel, por favor, no prolongue mi calvario con evasivas. Tenga piedad.

Dejé el cortapapeles con el que estaba jugando.

–¿Quiere saber la verdad?, suspiré hondamente.

–Por favor, y al decirlo el dique cedió al llanto, parecía una cristiana de las catacumbas que había perdido un hijo en el circo. La abracé y ella se dejó.

–¿Por qué? Dígame por qué, por favor.

–No quiero que sea mi asistente porque cuando estoy cerca suyo siento una emoción singular. Eso me llena de culpas con usted, con Mañuco y con Dios. “No desearás la mujer de tu prójimo”, me recordó usted el otro día. Prefiero que ese dolor no florezca. Perjudicaría mi estabilidad emocional.

–Y para usted, ¿el amor es dolor?

–Prefiero que no lo sea. Ahora libéreme, Cintia, por favor, le supliqué usando su palabra, y la solté lleno de consternación. La expresión “libéreme” y el gesto le causaron una honda emoción.

–¿No mentís? ¿Es verdad lo que decís?, me tuteó pronunciando más su acento argentino. Sonreí con un dejo de amargura como diciendo: “¿cómo es posible que dudes?” y ladeé el rostro. Los ojos se le emparaguaron y entregó laxos los labios. Los rocé pero de inmediato me separé para tomarme la cabeza acongojado.

–No sé si debemos dejarnos llevar por nuestras emociones. No quiero que te arrepientas, le dije.

–Con vos no temo, estiró su delicada, larga y adiamantada mano blanca hasta tocarme el rostro. ¡Genial! Estaba enamorada. ¿Quién lo hubiera pensado? Calmadamente, como contando granos, le quité el vestido. Parecía el Principito parado ante el zorro. La extendí como un tapiz sobre la alfombra. Era el cuerpo más fantástico que jamás he conocido. La lamparita verdosa del escritorio la teñía de clorofila. Sus senos eran grandes y la cola respingada, muy argentina. La beso y le muerdo los dientes, los únicos huesos al descubierto. Voy directo. Siento liso el calzón. Meto la mano. Rozo su virutilla pero al solo contacto con su duna se retuerce, más que de placer de dolor. De pronto y de un solo ademán se pone de rodillas. Con los brazos suplicantes me pide que no la mancille.

–No necesitas ponerte así. Con decir “no” es suficiente, hablo con sequedad.

–Disculpáme, Duque, es que no puedo olvidar la playa. ¿Y sabes qué? Me pongo mal, pienso en Mañuco y además en tu señora. Controlé rápidamente el súbito vahído que me provocó su recuerdo.

–Cintia, no hay diferencia entre besarnos y hacer el amor, entre acariciar tus pechos o tu sexo. Son formulismos. Ven. Pero obviamente

el razonamiento no la disuadió. La convencí de irnos a mi bulín. Quizá allí, rodeada de un ambiente más neutro, cedería.

—No sé qué me pasa, estoy con nauseas, como afiebrada, dijo después de un rato. Me dejó desvestirla nuevamente, pero nuevamente se resistió a perder el calzón. A mucha insistencia logré que aceptara que la tocara abajo. Busqué su íntima y pequeña almendra, el único órgano que conoce la intemperie, pero al sólo contacto su flor se cerró. Me desparramé en la cama. Mi tarea se anunciaba esforzada. Comenzaba un largo proceso, quizá más largo aún del que había pasado hasta entonces. Debía meditar bien el curso de las futuras acciones.

La siguiente vez no la besé. La saludé con camaradería y me acosté vestido. Le dije que se recostara a mi lado y me puse a leer. Ella pensó que yo estaba molesto, pero no, quería solamente que se acostara a mi lado, que me sintiera cerca y leerle unos párrafos. Le mostré la carátula del libro: “¡Tantrismo!”, exclamó. Había escuchado hablar de ese camino oriental de la espiritualidad. Empecé a leer, y tal como había previsto se empezó a interesar en la materia.

Se lo presté y en pocos días era una experta y me aleccionaba con solvencia inigualable acerca de los chacras, que son los siete puntos claves que conectan al cuerpo humano con el cuerpo astral. Tomó un incienso que yo había dejado a propósito sobre el velador y lo encendió haciendo una serie de rituales. La invité a hacer ejercicios tántricos y como eran tántricos, estuvo de acuerdo.

Al igual que Gandhi con las adolescentes vírgenes que lo rodeaban, nos acostamos uno al lado del otro. Aceptó sacarse el calzón y desnudos y sin tocarnos nos sentimos con la sola vibración de la piel. Tuve que aplicarme mucho para educar mi paciencia y no dejarme arrastrar por su provocativo cuerpo.

—Te he sentido completo, a través de la inmensidad del cosmos, del cuerpo astral, me confesó cuando concluyó el ejercicio.

Hicimos esa práctica varias veces hasta lograr afincarla como un territorio, como una costumbre. Cuando pensé que había llegado el

momento de avanzar y mis manos volaron a tocarla en su centro se deshizo, otra vez, en dolores con los recuerdos y me frenó. Tuve que indagar otras rutas de acceso.

–¡Qué vaina más espantosa!, exclamó en jerga venezolana, al ver los dibujos de poses sexuales del Kama Sutra y del Ananga Ranga, pero como se trataba del misterio, del tul con que la India se recubre hasta para las cosas más vulgares, le puso atención.

Miramos las láminas, leímos, comentamos, nos desvestimos, nos miramos desnudos, nos observamos tomando duchas y nos contemplamos al vestirnos. Todo ritual, todo grave. Yo tenía la convicción que estimulando su imaginación aumentaría el deseo hasta que le resultara imposible de frenar. Una tarde, luego de una acuciosa contemplación de las láminas del Kama Sutra y de hacer los ejercicios tántricos pasé la mano por entre sus piernas. Estaban pegajosas. Había lubricado mucho. Me aventuré a buscar la almendra secreta y casi al solo contacto, con pocos frotos que ella resistió apenas, logré hacerle coronar su primer y fantástico orgasmo. Entornó los ojos y me besó agradecida pero inmediatamente y llamándome sátiro, “me has hecho doler mucho”, me dio la espalda molesta y sobre todo avergonzada. Pasado un rato, ratificó que su dolor era el noble dolor del amor.

–En el amor alivia mucho decir por quién morís, me solicitó.

–Muero por ti.

–Eso le decís a todas, chantún, me dijo haciendo pucheros.

–A todas las rocas les digo abracadabra pero sólo una responde a mi conjuro.

–¡Sos un versero, un chanta! Pero también sos tan inteligente. Decíme, Duque, tú y yo. ¿se queda así?, o nos vamos a divorciar y nos vamos a casar, nosotros. Sólo lo permanente es bueno. Eso enseña el tantrismo, ¿no?

–Si me prometes que al casarnos no se va a terminar tu pasión por mí.

–No es pasión, es amor. Y aún muerta te seguiré amando. Duque, ¿cuántas mujeres has tenido en toda tu vida?

–Sólo mi mujer y tú.

–Pero ¿por qué no te vas a cagar, Duque? ¡Qué mentiroso sos! Parecés argentino. Te pareces a Valmont, el seductor de Choderlos de Laclós.

Me enorgulleció la comparación. Cintia se mostraba otra vez como una mujer culta y talentosa, como son los argentinos en general.

–Bueno, si lo que quieres es que alguien te haga sufrir de celos búscate a otro. Yo, por de pronto, estoy muy ocupado tratando de hacerte feliz.

–¡Dulce!, sos dulce. Sos mi karma. No sé qué hacer con vos. Pero no puedo dejar de pensar en la iglesia. En la iglesia, repitió como una letanía. Y también en Mañuco, claro. ¿Vos no pensás en tu esposa? Cintia tranquilizaba a Mañuco diciéndole que asistía a cursillos de capacitación y yo le daba argumentos similares a mi mujer. Así justificábamos nuestras escapadas.

–¿Y Harvard?, preguntó. ¿Has sabido algo?

Le dije que estaban procesando la información, que los gringos eran muy meticulosos para esas cosas. En realidad yo estaba concentrado en ella, en lograr avances que le borrarán el horroroso recuerdo de la playa y sólo el poder irrefrenable del deseo podría conseguirlo.

Conseguí que ella misma se acariciara y luego de muchos “nos”, lo hizo. Toda mujer sabe dónde están las habitaciones de su placer y cuáles son sus ritmos. Verlas otorgarse placer es un placer enorme además de pedagógico, porque le muestra a uno el lugar de sus secretos.

–Me muero por vos, me dijo jadeando con sus propias caricias bajo mi mirada de *personal trainer*.

–Ahora imagina, sólo imagina, que dos hombres te hacen el amor, decidí sobreexcitarle el imaginario con escenas transgresoras para

que se desinhibiera más. Uno por delante y yo por detrás, mi tono era hipnótico.

–No me digás eso que me viene a la memoria mi martirio.

–Es que en este caso los dos hombres te gustan.

–Solo me gustás vos, chamo.

–Entonces soy yo duplicado y ambos te penetramos. Mejor tres: toma, y le entregué mi estandarte erecto. Ella lo tomó con extrañeza, lo presionó para medir su elasticidad y se quedó aferrada como guaripolera. Con la otra mano volvió a hundirse en su entrepierna. De pronto entreabrió los ojos:

–¿Cuándo nos vamos a divorciar?

–Nos vamos a divorciar. Te lo prometo.

Imaginar la transgresión hizo su tallado. Cuando su excitación fue más intensa, ensalivé mi dedo y le acaricié su negro tulipán trasero. Para mi sorpresa se abrió y me lo ofreció aunque dando voces de sufrimiento.

–No por favor, no me abusés, no. No de nuevo, Dios mío, no, susurró. Tuvo una sucesión de orgasmos intensos con gritos reprimidos y torsiones en el cuerpo. No bien terminó, al ver el goce en mi mirada debido a su goce, creyó que mi maestría se debía a frecuentes relaciones amorosas mías. Se abalanzó como un setter tras una huella, me olfateó el pelo, olisqueó mi ropa y revisó el cuello de mi camisa.

–¡Juráme que no hacés el amor con nadie más!

A Cintia le preocupaba que le fuera infiel, el hecho que soportara incólume la aridez sexual con ella, que no estuviera desesperado por eyacular, por poseerla y, lógicamente, pensó que yo tenía esa satisfacción con alguien más. La verdadera explicación es que el libro de tantrismo no estaba casualmente sobre el velador de mi bulín. Hacía tiempo que

yo era un discípulo de esa escuela, la cual aconseja no eyacular o hacerlo muy periódicamente, pues aumenta no sólo el nivel de placer sino la duración misma de la vida. Según los preceptos tántricos, el orgasmo masculino precede por fracciones de segundo a la eyaculación y al estar educado para controlarla se puede sentir placer sin terminar. Además que eyacular genera rechazo en la mujer. En cambio contener genera admiración y deseo. Eso, vinculado a otra corriente, también brahmánica, el kundalini-yoga, me permitía distribuir el placer por todos los chacras del cuerpo: desde el cerebro pasando por la columna hasta los pies en lugar de concentrarlo en el glande. Así, el sexo se convierte en una conexión tierra-cielo, en una conexión armónica con el infinito, que carga de energía al cuerpo físico con el cuerpo astral. Más aún, según los maestros, esta práctica nos prepara adecuadamente para la muerte.

—¡Jurá que no me sos infiel! ¡Y que no lo hacés ni con tu esposa! Porque yo ni con Mañuco, me aseguró.

—¿Por qué dudas?, ¿dónde se me ve?, improvisé un fantástico doblez. ¿Acaso algún gesto o algún pensamiento te revelan que estoy ausente, en otro regazo o en otros besos? Se es infiel cuando se muestra otra presencia.

—¿Y si fingís tan bien como mentís?

—Entonces, ¿qué importa?

—¡Qué te parece! La verdad siempre importa. La verdad es el amor y el amor es lo más grande.

—No. Importa lo que puedes percibir y si dudas de tu percepción, pon un detective.

—No, eso nos humillaría a los dos. ¡Pobre de vos si me entero que me mentís! ¡Pobre de vos! Como en el Struwelpeter en Hoffmann te corto la nariz y los dedos. Nunca me traicionés, ni me abandonés, ni me engañés. Después de las execrables actividades que he hecho por amor a vos, enloquecería y te enloquecería a vos. ¿Cuando empezamos el divorcio?

Le dije que no era prudente, le di un sinfín de buenas razones y acordamos hacerlo, por poder notariado, cuando estuviéramos viviendo en los Estados Unidos. Así sería menos trágico para todos. A pesar de estos espaciados arrebatos, se fue acostumbrando al imaginario transgresor y por esa vía, al placer, pero no quiso la penetración. Ante el solo posicionamiento de mi cuerpo se retorció hasta librarse mi peso y después se disculpaba, me proclamaba su amor y me refregaba “las execrables cosas” que hacía por mí. Sin embargo, había llegado el momento de poseerla. Postergarlo era tonto. Y para ello debía alejarla de Caracas. Un sitio alejado siempre es más propicio para la transgresión y qué mejor que viajar a Harvard, que viera la universidad en persona. La idea le fascinó. Se inventó un cursillo de flotación monetaria que se dictaría en Maracaibo y viajamos en julio. Llegamos tremendamente cansados a Boston, con el inmenso calor del verano, después de hacer escalas en Miami y New York. Casi al poner las maletas en el cuarto del hotel caímos en los brazos de Morfeo. Al día siguiente, con vitalidad repuesta, caminamos por las calles de Cambridge hasta Harvard Square. La dejé en el Coffee Connection.

–Mientras me entrevisto con la gente de la escuela puedes probar aquí todos los cafés del mundo, los más raros y mirar por la vitrina la sana agitación de los estudiantes. Me fui a pasear por el edificio de la Facultad de Economía para darle verosimilitud a mi coartada. Al volver, una hora más tarde, le conté detalladamente acerca de la inexistente entrevista y le dije que sólo faltaba el papeleo burocrático.

–Qué bárbaro es todo, Duque. Todo lleno de árboles y plantas, la gente trotando, saliendo en shorts de clases. Todos son felices, aquí. Aquí todos laburan incluso siendo verano, ¿eh? Se puede respirar inteligencia y trabajo. Cuando vengamos, vamos a vivir en una de esas casitas rojas, tipo inglés, ¿sí?

Rodeados de la visión refrescante de los deportistas, que hacían *canoing* en el Charles River, y de aquellos que patinaban en las calzadas con sus *headphones*, nos fuimos a pasear. Compramos souvenirs, picamos

pequeñas delicias en el Quincy Market y rematamos almorzando en el puerto, en el famoso Anthony's Pier 4.

–¡Qué gula, qué gula!, decía mientras tragaba ostras con *radish sauce*.

–¿Cocinas?, pregunté,

–Para nada. No soy una mujer doméstica, Duque, dijo tomándose las últimas gotas de la segunda botella de un Lágrima Christi helado.

Para bajar la comida regresamos caminando por el Boston Common y después por la alameda de Commonwealth Avenue hasta Kenmore Square. Dimos una vuelta por la Universidad de Boston y finalmente tomamos un taxi. Transpirando llegamos al hotel a sumergirnos en el aire acondicionado. Después de una ducha, de jabonearnos, de masajearnos y de secarnos, llegaron las caricias y los besos calmos. Su deseo creció y empezó a acariciarse como ya sabía hacerlo. La retuve. No podía dejar que se diera satisfacción. Debía mantenerle el deseo si quería poseerla.

Fragmento de la novela *La gula del picaflor* publicado con autorización de Santilla de Ediciones S.A. (Bolivia).